

UNA MISMA EXPECTATIVA II

Parte 34

“...un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo.” - (Efesios 4:4-5)

En la lección anterior vimos Efesios 4, versículos 4 y 5. Hablamos de cómo en Cristo hay una fe y una expectativa. Esta “*una fe*” no es una religión, credo o libro santo, es lo único que Dios ve, y por lo tanto, lo único que Él muestra. La “*unidad de la fe*” es la única perspectiva que tiene Dios, el único Hijo que Él conoce, lo único que está presente ante Su consciencia, y por eso, lo que Él está tratando de mostrarnos.

Vimos que esta fe es la experiencia de lo que para Dios es un hecho. Es una Luz que nos muestra un Hijo. Todo aquel que crece en la verdadera fe verá exactamente lo mismo, porque Dios revela sólo una cosa. Es difícil decir algo de esto sin adelantarnos al versículo 13. Allí Pablo habla acerca de muchos que llegan a compartir la única perspectiva, lo que él llama “*la unidad de la fe*”, la unidad del conocimiento del Hijo de Dios. Es imposible que haya desunión en el cuerpo de Cristo, si todos hemos sido bautizados en una muerte, participamos de un Espíritu y vemos con la única Luz al único Hijo que es la vida de todos nosotros.

Esta única fe no es un montón de mentes naturales que concuerdan en cosas espirituales, es la única mente del Espíritu que obra en un montón de personas. ¡Hay una enorme diferencia entre estas dos cosas! La iglesia ha pasado 2000 años tratando de unir las mentes naturales en sus opiniones acerca del único Hijo. No es que no lo haya logrado todavía, es que no puede lograrlo. En la carne no hay unidad, porque las almas son totalmente independientes y autónomas por naturaleza, y seguirán así hasta que sean llenas del mismo Espíritu e inundadas de la misma Luz. Nosotros no podemos crear la unidad, debemos nacer de ella; y aún cuando hayamos nacido de la unidad, no caminaremos en ella hasta que sea revelada en nosotros, hasta que veamos al mismo Hijo con la misma Luz.

Así que, otra vez, la fe es la mente del Señor obrando en nosotros. No es sólo la vida del Señor viviendo en nosotros, es la mente de Él operando en nosotros. ¿Qué obra en nosotros? Obra una expectativa, la expectativa del propósito de Dios. Es decir, cuando compartimos Su mente experimentamos Su expectativa, y dicha expectativa es la cosecha completa de lo que Él ha sembrado. Es la expectativa cuyo objeto es lo que

Efesios 4:13 llama, “la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”. ¡Esta frase lo dice todo!

Todo el libro de Efesios (aunque podría decirse que toda la Biblia) es una colección de flechas que apuntan hacia Efesios 4:13. ¿Hacia dónde va todo? ¿Para qué es todo? ¿Por qué Dios...? Todo conduce a lo que Pablo dice en Efesios 4:13. Todo lleva al único hombre maduro, a la consecución de la medida de la plenitud de la estatura de Cristo.

Esto no habla de un día en el futuro, es una declaración de propósito, una descripción de la meta de Dios. No creo que Pablo estuviera diciendo que un día en el año 2097 d. C., habrá un hombre así de perfecto en el planeta. Hay algunos grupos que enseñan esto, pero ¿cómo podría esto realmente existir como una entidad física en el planeta Tierra? Hay muchos problemas en una línea de pensamiento como esta, prácticos y de otra índole. No, la consecución de la medida de la plenitud de la estatura de Cristo, es la dirección de Dios, la manera en que el Señor conduce, la ruta en la que Él lleva a todo hombre y mujer. Dios gobierna todas las cosas hacia ese fin. No tenemos que adivinar la dirección hacia la cual Dios nos está llevando, como dije antes, Él nos está conduciendo hacia la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.

Si la mente de Cristo está obrando en nosotros, lo está haciendo de acuerdo a Su expectativa, y nuestra expectativa (que es traducida aquí como “esperanza”) empieza a alinearse con la de Dios. A menos que la expectativa de Dios obre en nosotros, seguiremos soñando nuestras propias expectativas de Dios. No es que no hayamos nacido de nuevo, no es que no leamos la Biblia, pero si el Espíritu de Dios no obra en nosotros para mostrarnos la expectativa de Dios, la única alternativa que nos queda es suponer erróneamente.

Cuando Jesús estaba en la carne sanó a un hombre que había nacido ciego. Este hombre nunca había visto nada, y aún así, había interactuado con su entorno toda su vida. El ciego se había topado con árboles, edificios, lluvia, rayos del sol y personas, había conocido a sus padres y hermanos, tenía algunas imágenes mentales o conceptos de cómo eran las cosas o las personas. No hay duda de que basado en lo que él había sentido, oído, olido... tenía alguna idea en su cabeza acerca de la apariencia de las cosas. En fin, Jesús escupió en el polvo, hizo barro y se lo aplicó en los ojos, y entonces el hombre vio por primera vez en su vida. Quiero hacerle una pregunta aquí, ¿cuántas de las ideas acerca de la apariencia de las cosas cree usted que adivinó el ciego? Es decir, ¿cuántas de las imágenes mentales...de su madre, de un aguacero, de un bosque... cree usted que eran tal como él las había imaginado? CERO. ¿Por qué cero? ¿Por qué todas estaban equivocadas? Porque no había otra cosa más que tinieblas con que trabajar. No hubo sino imaginación hasta que sus ojos funcionaron dejando pasar la luz. Es totalmente imposible que un hombre que nació ciego adivine la apariencia de algo, porque no tiene nada con que trabajar.

Así de ciegos nos acercamos a la expectativa de Dios. Ni usted ni yo la vamos a acertar, ni la vamos a aprender de la suposición de otra persona. La expectativa de Dios no es aprendida a través de la enseñanza, es vista en la Luz de la aparición de Cristo, y cuando la vemos, destruye cualquier idea o concepto que tengamos antes. Ella nunca validará lo que pensábamos antes. Ver algo en la Luz del Espíritu de Cristo refutará, necesariamente, lo que fue concebido en las tinieblas. Hasta que veamos por medio de Su Luz, no hay nada verdadero con que trabajar. En la lección anterior hablamos de la necesidad de permitirle al Señor que revele en nosotros la única expectativa que brota de la única fe, que revele en nosotros la única anticipación que se levanta de la mente del Señor. Esto siempre destruirá las expectativas que salen de nosotros, porque ellas brotan de las tinieblas.

Ninguna de nuestras expectativas está a salvo, sólo porque creemos que la sacamos de la Biblia. Hay mucha gente que proclama que la Biblia les promete toda clase de cosas. Si leemos la Biblia sin la mente del Señor, sin la comprensión del Espíritu, nuestra imaginación seguirá definiendo nuestras expectativas. Leeremos de nosotros mismos en las historias, en lugar de ver a Cristo en ellas. Es decir, leeremos la historia del reino de Salomón y vamos a tener la expectativa de que el Señor obre en nosotros de la misma manera, en lugar de ver el reino de Dios que es nuestro ahora en Cristo. Vamos a tener la expectativa de que Dios nos hable con palabras como lo hizo con Moisés, en lugar de encontrar eso cumplido y hecho mucho más real, en la manera en la que Él se relaciona con nosotros ahora en Cristo. Oremos y esperaremos la doble porción de Eliseo, sin la menor idea de lo que dice esa historia.

Lo que estoy tratando de decir es, que usted se pondrá a sí mismo en las Escrituras, en lugar de extraer a Cristo; proyectará su mente a la Biblia, en lugar de ganar la mente del Señor. Usted puede argumentar que sus expectativas son “bíblicas”, y aún así haber perdido por completo el punto de Dios. Dios debe obrar en usted y en mí la única expectativa que sale de la única fe.

Y, desde luego, no estoy hablando de que REDUZCAMOS nuestras expectativas; nada podría estar más lejos de la verdad. Estoy diciendo que debemos apuntarlas hacia lo correcto. ¿Hacia dónde están dirigidas nuestras expectativas? ¿Estamos a la expectativa de que Dios haga en nosotros lo que prometió y forje aquello para lo que siempre está obrando en nuestra alma...o estamos a la expectativa de que Él haga algo irrelevante y mucho menor a lo que busca? ¿Estamos a la expectativa de que Dios, además de Jesús, nos dé un motón de cosas naturales, o estamos a la expectativa de que revele en nosotros las inescrutables riquezas de Cristo? Esta es la diferencia entre la “única expectativa” dada por Dios, y las muchas y muy diferentes expectativas proclamadas por el hombre.

La razón por la que estoy pasando tiempo en esto es porque yo les hablo a muchos cristianos, y oigo lo que dicen. ¡No es difícil ver nuestra expectativa! Oigo que la gente dice: “Sé que el Señor va a hacer...” “Estoy esperando el tiempo del Señor para...”

“Confío en el Señor para que...” “Tarde o temprano Dios va a...” No estoy diciendo que el Señor no vaya a hacer alguna de esas cosas; yo no sé lo que el Señor va a hacer en la tierra, pero sé algo de lo que Dios ha hecho en Cristo, y he hallado que es seguro tener la expectativa de que Él nos deje conocer, disfrutar y caminar en el bien de ello.

La mayor parte de mi vida cristiana ha sido la búsqueda de expectativas tontas y equivocadas de Dios, lo cual, necesariamente, trae consigo una de dos cosas. Por un lado, decepción y confusión cuando las expectativas no son satisfechas, y por otro, igualmente peligroso o hasta más, la falsa exaltación y la falsa confirmación que se producen, cuando por casualidad, o de alguna otra manera, las expectativas equivocadas parece que se cumplen. En otras palabras, es frustrante tener expectativas equivocadas de Dios, y constantemente encarar el hecho de que Él no las satisface como habíamos imaginado. Y es probablemente peor, tener una expectativa equivocada de Dios, y luego engañarnos al pensar que ya está obrando...que Él ya está cumpliendo nuestra expectativa. ¿Por qué? Porque nos quedamos atascados por un tiempo increíblemente largo.

¿Qué expectativa podemos tener de Dios? Que Él desea mucho más que nosotros, llevarnos a una experiencia, consciencia y disfrute de la plenitud de Su salvación. Podemos tener la expectativa de que Él está a la espera y en busca de toda posible oportunidad para alcanzar nuestro corazón con Su verdad. Podemos tener la expectativa de que nuestros supuestos, presupuestos, apatía, ideas y apetitos son un obstáculo para Él en cada paso del camino. La cuestión no es si usted y yo nos estamos resistiendo a lo que Dios está buscando hacer en nosotros y mostrar en nosotros, el asunto es cómo y dónde.

Por lo tanto, podemos tener la expectativa de que Él tiene que trabajar mucho y duro en nuestro corazón, sólo para hacer que el mundo se vea suficientemente vacío, que la religión parezca suficientemente muerta, y que la Verdad aparezca suficientemente crucial, antes incluso, de que la busquemos con nuestro corazón. Pero podemos tener la expectativa de, que si nosotros queremos que Él nos muestre la manera de salir del ámbito pasajero de sombras, y del hombre ciego y auto-obsesionado, para entrar a algo, a Alguien mucho más grande y eterno, Él lo hará.

Podemos tener la expectativa de que Él nos llevará a la experiencia de la plenitud de la salvación por la vía de la cruz. Entendiendo la cruz no sólo como una realidad histórica en la que creemos, ni sólo como un mero medio por el cual somos salvos del infierno, sino como el viaje del alma siempre presente y continuo, como la manera en que nuestro corazón lo sigue a Él de la mentira a la Verdad. La cruz es el viaje en el que despertamos a la muerte en la que Él nos introdujo; nos comprendemos crucificados con Él, y progresivamente comprendemos la muerte que Él murió en nuestro favor. No es una muerte que Él murió en nuestro lugar, sino una muerte que Él nos dio en Sí mismo. Si la queremos, podemos tener la expectativa de ser conformados a ESA muerte y no a ninguna otra.

Podemos tener la expectativa de que Él abrirá los ojos de nuestro corazón para que veamos lo que hay al otro lado de la división de la cruz. ¿Qué? El universo de Cristo donde Él es la luz, el río, el pan, el vino, el rey, el sacerdote y el trono. No estoy hablando de lo que hay al otro lado de nuestra muerte, me refiero a lo que hay al otro lado de la muerte de Cristo que obra en nosotros. Podemos tener la expectativa de conocer y experimentar todo eso como realidades concretas y perceptibles que suceden en nosotros, y que su verdad nos cambie.

Es decir, podemos tener la expectativa de que Dios haga real en nosotros lo que Él ha hecho real por medio de la cruz. Como dije antes, no sé exactamente qué esperar de Él en la tierra; realmente no entiendo los porqué, los dónde y los cuándo interviene Dios en el ámbito natural. ¡Lo digo en serio, honestamente no lo sé! No sé si Él va a sanarlo, aunque he visto con mis propios ojos que el sana y sé que puede hacerlo. No sé si Él va a arreglar su circunstancia, proteger a un ser querido de tomar una mala decisión, permitir que usted tenga un hijo, proveerle mayor estabilidad financiera, mantener su país lejos de la degradación moral, encontrarle un “alma gemela”, permitirme caminar más allá de los 40 años... Estoy muy consciente de que Él puede hacer todo esto, pero para ser muy honesto, mi expectativa no está puesta en nada así. Estas cosas muy raramente vienen a mi mente, no porque yo sea una especie de súper héroe espiritual, sino porque mi expectativa está colocada en algo más, algo que encuentro seguro, predecible y muy superior. Usted no alaba a un hombre por buscar oro donde él sabe que sin lugar a dudas lo encontrará; eso no es señal de gran madurez. ¡Es obvio cavar donde siempre se ha encontrado oro!

Mis expectativas en estos últimos años han estado dirigidas hacia algo que aún no me ha defraudado: Dios hace progresivamente más real en mi alma lo que Él ha hecho real por medio de Su cruz. Ejecuta en mi corazón la muerte de lo que está muerto para Él. Me enseña tanto a vivir en y por lo que Él sabe que es la sustancia, realidad y Persona de Su salvación, como a permanecer en ella. No estoy tratando de ponerme como ejemplo, sólo le estoy contando lo que es real para mí. Cuando yo me decepcionaba, nunca era porque Dios fallara en cumplir lo anterior, sino porque, por una u otra razón, yo había desplazado mi expectativa hacia algo más.

Pero podemos contar con que Dios nos mostrará al Hijo, en y por medio de quien vivimos. Podemos tener la expectativa de que la vida, naturaleza y mente de ese Hijo, gradualmente inundará y gobernará nuestra alma. Podemos anticipar plenamente, que el que comenzó ESTA obra EN nosotros la completará. Es una suposición absolutamente segura, SI le permitimos a Él que la haga, SI miramos al Autor y Consumador de la fe, SI ponemos la mira en las cosas de arriba y no en las de la tierra, SI miramos las cosas que no se ven, y no las que se ven, SI le pedimos al Padre y queremos que el Padre revele a Su Hijo en nosotros.

Bien, ¿qué acerca de mis expectativas sobre usted? ¿Cuáles son nuestras expectativa sobre los demás? El Espíritu del Señor también ha cambiado esto considerablemente. Las personas de este mundo son, naturalmente, como garrapatas sin perro. ¡Sin ofender! Ellas succionan vida de las otras, y constantemente se decepcionan cuando el suministro se seca o cambia de sabor. Somos muy rápidos en poner nuestras expectativas naturales en los demás basados en la necesidad que sentimos de afirmación, compartir tiempo y codependencia emocional. Estos son los elementos básicos de las relaciones en la carne.

Sin embargo, cuánto más veo la Verdad, más cambian mis expectativas sobre las personas. ¡Mi expectativa de las personas en estos días es muy poca! Ahora, no me malentienda, no es algo malo del todo, en realidad, es algo realmente bueno. Esto me permite amar, disfrutar, cuidar y dar más. ¿Por qué? Porque el verdadero amor y la relación en Cristo siempre están siendo obstaculizados y contaminados por las expectativas equivocadas e insatisfechas en las personas, las incontables necesidades que sentimos, la dependencia emocional, los sentimientos heridos...y similares. Este sonido de succión está en muchas relaciones, y procuramos sacarnos identidad, auto estima y propósito unos a otros. Llevamos nuestras expectativas, necesidades y requisitos, a sabiendas o no, a cada relación...y eso se constituye en trampas a la espera de ser disparadas. Piénselo, ¿qué es más peligroso que tener a un ser humano adámico obsesionado por sí mismo poniendo expectativas en otro ser humano adámico obsesionado por sí mismo? ¿Cuánto tiempo va a pasar antes de que algo explote? ¡Lo vemos todo el tiempo!

Aquí viene la parte más fea...y luego regresaré a la buena. Mi expectativa es que usted y yo seamos ciegos por naturaleza, y que la carne busque su propio bien. Mi expectativa es que la carne choque con la carne, que las personalidades entren en conflicto a veces, que los apetitos naturales cambien, que los intereses fluctúen. Con respecto a la carne, mi expectativa es que usted vea cosas feas en mí y probablemente vea cosas feas en usted, cuando nos topemos y no estemos bebiendo de las profundidades del Señor o no tengamos nuestras máscaras colocadas. Si sus expectativas están puestas en mi carne, le garantizo que lo voy a defraudar; cuente con ello.

No tengo como meta arreglar algo de eso. Es posible que se malentienda lo que estoy diciendo, espero que usted no lo haga. Pero, yo no quiero dilucidar la manera de satisfacer las expectativas naturales de las personas, satisfacer cada necesidad, dominar el movimiento pendular de los apetitos e intereses cambiantes, y mantener la máscara correcta puesta todo el tiempo. No es esto lo que busco en mi relación con nadie. Algunas personas son increíblemente buenas haciendo eso, pero todo lo que logran es perpetuar una ilusión.

Aquí viene la parte buena. Cuando una garrapata encuentra un perro, encuentra todo lo que quiere y más de lo que necesita. Las necesidades son satisfechas, los apetitos son cumplidos, los intereses son mantenidos, la vida es abundante. Así, si las garrapatas

“fueran inteligentes”, las que encontrarán un perro serán libres de relacionarse con las otras garrapatas sin demandas, decepciones, expectativas, necesidades, apetitos y codependencia. Lo que quiero decir es, que conforme la Vida del Señor va siendo cada vez más la expectativa, experiencia y sustento de nuestra alma, vamos siendo cada vez más capaces de relacionarnos unos con otros de la manera que Pablo describe en 1 Corintios 13. No llevamos registro de las equivocaciones, no buscamos nuestra propia ganancia, podemos dar y no tomar, la paciencia se facilita, la amabilidad es natural, no hay nada que envidiar, dado que ambos tienen al mismo abundante Cristo. Es difícil ser provocado, porque ¿qué pueden tomar realmente de mí? Es fácil soportar las cosas, porque ¿qué es lo peor que puede suceder?

En otras palabras, al llegar a conocer a Cristo, nuestras relaciones con otros son enormemente liberadas de toda auto-obsesión de la carne, y somos libres. ¿Libres de qué? Bueno, primero y principalmente, somos libres de compartir un perro enorme. Somos libres de compartir la vida de Cristo que es nuestra fuente y vida, y que corre por nuestras venas. Somos libres de relacionarnos en Él, por medio de Él... Somos libres de relacionarnos juntos en todo lo que Él es, en todo lo que eso significa, y crecer juntos. Pero aún más que eso, somos libres de necesitar a otros para algo que nunca sucederá. Somos libres de causarnos daño unos a otros por las inevitables decepciones de la carne. Somos libres de ser capaces de arruinarnos el día unos a otros, de rompernos el corazón, de regañarnos unos a otros.

No estoy hablando de zombis, como alguien con desapego emocional, no. Estoy hablando de tener las emociones alineadas con la realidad. Estoy hablando de tener las emociones enfocadas en cosas que están de acuerdo a la verdad. Estoy hablando de que lo grande se sienta mucho, y que lo pequeño se sienta poco. No estoy hablando de la eliminación del deseo, sino del deseo de llegar a alinearnos con la realidad.

Ahora bien, ¿qué de las expectativas de Dios sobre nosotros? Conocer la verdad afecta dramáticamente nuestro entendimiento de esto también. Muchos cristianos viven día a día bajo el aplastante peso de lo que imaginan que son las expectativas de Dios. Para muchos la vida cristiana es un torbellino de culpa, vergüenza y condenación delante de Dios, que hace que la vida sea una carga pesada o que Dios parezca incognoscible e inaccesible. ¡Esto no es bueno! La respuesta a esto no es restarle importancia o minimizar las expectativas de Dios, sino entender cómo y en quién se encuentran ellos. Es decir, la solución no es pensar que Dios no espera mucho, sino que se den cuenta de la grandeza del juicio de Dios en la cruz y de la verdad de Aquel en quien ahora se relacionan con Dios.

Hay muchos libros de autores cristianos que intentan ayudar a las personas a lidiar con la culpa, vergüenza y condenación que sienten delante de Dios, en lugar de hacerlo por medio de la enseñanza de la cruz: Que ya hemos sido juzgados en Cristo, que ahora Cristo es nuestra vida, que Él es nuestra relación con Dios, que en Él, Adán ha sido

depuesto, y por lo tanto, no hay condenación... En lugar de destruir la condenación y la vergüenza con la verdad, estos libros tratan de destruir la condenación y la vergüenza diciendo que Dios no tiene mucha expectativa, que Su expectativa es nuestro mejor esfuerzo, que sólo quiere que hagamos “5 cosas” para descubrir nuestro propósito; que Dios sólo quiere que pongamos nuestro corazón en dicho propósito, que a Él le encanta cuando salimos y vamos por ese propósito; que Dios tiene un plan especial y fácil para que nosotros lo hagamos feliz. “¡La gracia nos ha cubierto, hagamos lo que podamos!”

Lo siento, pero yo probablemente preferiría ver las librerías cristianas llenas de la revista “Reader’s Digest”, que con este tipo de cosas. ¿Por qué? Porque son una mentira. Y no sólo son una mentira, sino que también quitan la expectativa del Padre de la perfección de Su Hijo y de la obra consumada en la cruz, y la colocan sobre nosotros y sobre nuestro mejor intento carnal de “hacer borrón y cuenta nueva”.

No nos equivoquemos al respecto, las expectativas de Dios son increíblemente altas y extremadamente exclusivas. Todo lo que nosotros hagamos, digamos o enseñemos que rebaje estas expectativas, abaratan la cruz y la grandeza de Cristo. Estas son las expectativas de Dios: “Sed santos, porque yo soy Santo”. Pero esta expectativa está plenamente cumplida, enteramente satisfecha y realizada, por lo que Él ha hecho al sacarnos del reino de las tinieblas y llevarnos a morar en el Amado Hijo. En este Hijo la condenación no aplica, porque la condenación está completamente acabada. Eso no significa que usted y yo caminamos en la consciencia, verdad o entendimiento de este Hijo que es nuestra vida, pero nuestra consciencia de la verdad no cambia la perspectiva de Dios o Su aceptación. Nuestra consciencia tiene mucho que ver con lo que experimentamos y dónde estamos, pero nada que ver con lo que Dios ha consumado y cómo nos ve Él.

Por lo tanto, la expectativa de Dios no es que nosotros hagamos algo, sino que Cristo lo sea todo; y ya lo es. Dios ya ha juzgado la totalidad del hombre adámico e impartido en nosotros la plenitud de Cristo. Si estamos caminando en la verdad de esto o no es la interrogante, pero eso no cambia la manera en que Dios nos conoce. Él nos conoce de acuerdo a la obra consumada de la cruz, Él nos conoce completos en Cristo.

Conque, ¿qué expectativa tiene Dios de usted y de mí? Definitivamente Su expectativa no es, que saquemos justicia de un sombrero, que obedezcamos la ley con el poder de la carne, o que conozcamos la realidad espiritual con la mente carnal. Dios tiene la expectativa de que volvamos nuestros corazones para que conozcamos la Verdad, y que lo miremos a Él para que aprendamos nuestra salvación y caminemos en ella. ¡No queda nada por hacer! Sólo queda que conozcamos lo que Él ha hecho, y que se resuelva el asunto de nuestra ceguera con respecto a lo que ha sido consumado. Sólo cuando no conocemos lo que Dios ha hecho podemos sentir condenación. La condenación es una de las muchas imaginaciones que no existe en Cristo, aunque sí existe en la oscuridad de la mente no renovada. Dicha condenación ni siquiera tiene sentido en Cristo. ¡No queda

nada que condenar! Si usted y yo viéramos correctamente, nunca sentiríamos condenación de nuevo. Culpa, vergüenza...todo eso nace de las ideas totalmente falsas y fantasiosas con respecto a las expectativas de Dios. Ninguna de ellas tiene realidad detrás, salvo la que crea nuestra propia mente.

Las expectativas de Dios no se dirigen hacia lo que nosotros podemos ser o hacer, las expectativas de Dios tienen que ver con que conozcamos y caminemos en lo que Él ha hecho. La expectativa de Dios es que usted y yo queramos conocer y aprender a caminar en la salvación llamada Jesucristo.